

coltó hasta Ixmiquilpan, expedicionando en seguida por Zimapam y otros lugares de la Sierra contra el general Mejía, con las fuerzas del cual tuvo varios combates y escaramuzas. Permaneció en constante campaña en el Estado de Hidalgo hasta 1863, en que pasó á México su cuerpo, Batallón Zapadores de Policía, que se había formado sirviéndole de pie veterano las compañías por él organizadas, y del cual era Jefe el Coronel Caffer. De la Capital de la República marcharon á San Martín Tescmelucan en donde se incorporaron al general Comonfort que mandaba el Ejército del Centro. Viendo Villada lo remoto que era que las fuerzas del héroe del Peregrino tomaran parte activa en las operaciones militares contra los franceses, y entusiasmado con el recuerdo del 5 de mayo, solicitó desde luego su baja, yendo á darse de alta como Ayudante del general Hinojosa, que mandaba la Brigada de Jalisco, establecida en los bastiones del cerro de Loreto. Villada logró conquistarse tal confianza de su jefe, que durante las operaciones del sitio se hizo cargo de su secretaría particular. No queremos recordar ahora los gloriosos episodios de que fué teatro durante el asedio del ejército extranjero la ciudad de Zaragoza, porque nos falta espacio para ello, no obstante que nos sobra entusiasmo para recordar las hazañas aquilinas de nuestros patriotas. Basta decir que lo que allí hizo González Ortega no tiene antecedentes en la historia del mundo; pues cuando ya la situación era insostenible, cuando el hambre causaba más víctimas que los proyectiles franceses, cuando no había ya cartuchos que quemar, el héroe de Calpulalpan destruye el armamento y disuelve las tropas, y una vez que reunió á sus jefes y oficiales para que se rindieran prisioneros de guerra, le mandó decir al general Forey:

"La necesidad marcó el hasta aquí á la defensa de Puebla; dueños los mexicanos de la plaza, te la entregan cuando no la pudiste tomar, y te la entregan cuando ya no tienen víveres que comer, ni municiones que gastar."

En aquel desastre, terrible para la Patria, cayeron en poder del ejército francés la flor y nata de los jefes y oficiales del ejército republicano. Villada corrió la suerte y el infortunio de todos su compañeros de armas; pero muy pronto lograron fugarse algunos jefes de alta graduación en nuestro ejército, y en momentos en que los prisioneros de guerra eran conducidos á Veracruz para deportarlos á Francia, el capitán Villada resolvió fugarse también en San Agustín del Palmar, disfrazándose de vivandero para llevarlo á efecto. Al salir de la población y ayudado por sus compañeros de infortunio, logró separarse de las filas, sin que recayeran sospechas sobre él; pero temía aún emprender su fuga porque no era remoto que fuera descubierto y entregado al ejército francés, pues aquel pueblo era esencialmente imperialista y había tenido la crueldad de festejar la entrada de los prisioneros mexicanos con músicas, cohetes y repiques. Por eso no quiso pedir guías ni solicitar ninguna protección, y hasta que llegaron á la calzada de Ixtapan, pretestando ir á traer agua á una casita que se veía á lo lejos, cortó camino y esperó que pasara el grueso de las fuerzas enemigas. Allí logró que le indicaran cuál era la dirección del camino de Tehuacán, en donde sabía que había orden de ayudar á los jefes y oficiales republicanos; pero después de caminar toda la noche, comprendió que se había extraviado y que tendría que morir de hambre ó de cansancio, si no era que le devoraban las fieras que abundaban en aquellos montes. Hasta otro día á las cuatro de la tarde logró divisar un caserío adonde se dirigió,

encontrándolo completamente deshabitado, y como entrara á todos los jacales, con su traje sospechoso, los indios que trabajaban en el campo vinieron á aprenderle tomándole por ladrón. Imposible le fué justificar su conducta ante aquellos infelices que ni hablaban español, ni tenían sentido común, y en cambio de sus reiteradas súplicas para que le dieran de comer, le amarraron y le llevaron á San José de Ixtapan, de donde estaba ausente el Presidente Municipal, que llegó hasta el siguiente día á las diez de la mañana y puso en libertad al capitán Villada, proporcionándole alimentos y mandándole en un burro y con un guía para Tehuacán. Las autoridades republicanas de la población, obedeciendo la orden que tenían, le entregaron cinco pesos, que apenas le alcanzaron para comer y medio vestirse, y estaba ya nuevamente en una situación difícilísima, cuando se presentó en la plaza su jefe, el general Hinojosa, que acababa de fugarse también, y el cual le proporcionó los recursos que necesitaba y lo puso en condición de poder seguir defendiendo la causa republicana.

Con los escasos elementos que se pudieron reunir en Tehuacán, el general Hinojosa se dirigió á Oaxaca con algunos jefes y oficiales, figurando entre estos últimos el capitán Villada. En aquella ciudad no pudieron tener noticias exactas sobre la situación de Juárez, ni sobre los últimos acontecimientos militares, y resueltos á seguir la suerte de la República, se dirigieron á México, rodeando por la Mixteca, por estar obstruido el camino directo por las fuerzas invasoras. Al llegar á Iguala se encontraron en la población al patriota literato Ignacio Altamirano y al coronel Carreón, y ellos les informaron que la plaza de México había sido ocupada por los franceses, que Juárez tenía establecido su gobierno en San Luis Potosí y que se atravesaba por

una situación crítica y angustiosa. En vista de estos acontecimientos, el general Hinojosa reunió á sus oficiales en junta de honor, para acordar con ellos lo que debía hacer y para que se designara la persona que debía ir á México con una comisión delicada y peligrosa, tan peligrosa y delicada que consistía nada menos que en llevar algunos documentos á miembros prominentes del partido republicano y cobrar unos giros en el comercio de la capital. En aquella junta se resolvió defender obstinadamente á la patria, y se nombró al capitán Villada para que pasara á México al desempeño de dicha comisión, no obstante que á ello se opuso el coronel Ignacio Zepeda, alegando que la juventud é inexperiencia del comisionado no eran garantías para el éxito de negocio tan grave. El general Hinojosa insistió en que Villada fuera el agraciado con aquella distinción, y después de que todos convinieron en ello, salió para México, en donde sólo permaneció un día, dedicado exclusivamente á desempeñar el encargo de confianza que se le había dado. De acuerdo con las instrucciones que tenía de su jefe, se dirigió á San Luis Potosí, en donde se presentó al cuartel general, siendo dado de alta desde luego como capitán de la 1ª Compañía del 2º Batallón de Toluca, perteneciente á la Brigada Caamaño, de la División Berriozábal. Con su batallón, salió Villada de San Luis para Michocán y sobre el camino fué dado á reconocer como jefe del detall.

La División Berriozábal llegó á Zinapécuaro, en donde se detuvo algunos días para dar descanso á la tropa. Una noche el batallón á que pertenecía el joven Villada se sublevó tratando de desertarse todos los soldados, y como él era el único oficial que en tan críticos momentos dormía en el cuartel, pudo con grave peligro contener el desorden é impedir, con los soldados:

fielos de la guardia, que se desbandara todo el cuerpo. De la asonada resultaron varios muertos y heridos y sólo se fugaron cuarenta hombres, pero fué esto motivo bastante para que procesaran y dieran de baja al jefe del cuerpo, que lo era el teniente coronel Antonio Castañeda, á quien Villada substituyó accidentalmente en el mando.

IV.

El movimiento del general Berriozábal para Michoacán, había obedecido á una combinación que se tenía con el general Uraga para atacar la plaza de Morelia. En virtud de esa combinación, Berriozábal avanzó para aquella ciudad, llegando á sus inmediaciones el 17 de diciembre de 1863. Al amanecer del día siguiente se ordenó el ataque por diversos puntos de la ciudad, y en la columna formada por los cuerpos 3º, 2º y 1º se encontraba Villada con el mando de su batallón. El ataque fué impetuoso por aquel rumbo. El coronel Padrés, que era jefe del 3º, quedó muerto al pie de la trinchera que asaltaba; entonces quedó á la cabeza de la columna el 2º que mandaba el general Caamaño, y junto á él estaba Villada al frente de su batallón. En los momentos en que el ataque era más terrible, Caamaño cayó herido por un proyectil enemigo, y á viva voz entusiasmaba y excitaba á Villada para que avanzara á tomar la trinchera. La situación era extraordinariamente crítica; la columna de ataque había entrado en una estrecha calle; el bastión fortificado con artillería hacía estragos entre los soldados y por todas partes se veían caer muertos y heridos, sembrándose entre aquellos valientes la mayor desolación. La desorganización cudía rápidamente en la columna; una bala de cañón hace rodar por tierra al abanderado y

la tropa quiere retroceder en esos momentos; entonces Villada toma en la mano la bandera, arenga á sus soldados, y al frente de ellos avanza, no á paso de carga, sino con velocidad increíble, hasta llegar al foso, que no pudo pasar por falta de elementos. De allí tuvo que retroceder hasta una casa, cuya puerta mandó derribar para colocar en las alturas los cuarenta soldados que le quedaban. Empezó á hacer fuego con objeto de apagar los de la trinchera y con la esperanza de que creyendo el enemigo que había reserva se retirara; pero en los momentos en que estaba dando mejor éxito su combinación, le avisaron que la loma de Santa María estaba llena de dispersos y que ya se habían retirado todas las columnas que atacaban la plaza. Salió á la calle Villada con su fuerza y después de organizarla se retiró batiéndose con una columna que le atacaba por la izquierda y logrando escapar de la lluvia de fuego que recibía al atravesar las boca-calles. Con su bandera en la mano, acribillada por las balas, y con treinta hombres que habían quedado de toda la columna, Villada se presentó al general Berriozábal en la loma de Santa María; el ilustre jefe abrazó enternecido á aquel joven oficial, le dijo delante de sus soldados palabras de merecido elogio, le dió á reconocer con el grado inmediato y le ordenó que con los dispersos organizara un batallón que mandaría en jefe. El asalto de la plaza de Morelia, es sin duda un hecho de importancia en nuestra historia, y el descalabro sufrido allí por el general Uraga, demuestra claramente los compromisos que tenía con el Imperio. Atacaron la ciudad catorce mil hombres y Uraga cometió la torpeza ó la infamia de no proteger con reserva ninguna columna, dejándolas abandonadas en los momentos más supremos de la lucha. Una columna logró entrar hasta la plaza de la

población, pero aprovechando Márquez las tropas de Uraga y la dispersión de las otras fuerzas, logró rechazarla, no obstante que estaba ya herido al emprender personalmente el ataque.

Después de aquel desastre, el mutilado ejército se dirigió para Uruapan, y el general Uraga, que preparaba su infame defección, se partió para el Estado de Jalisco, en donde tenía establecido su cuartel general. Desde entonces se puede decir que principió la gloriosa campaña de Michoacán, y desde el ataque á la plaza de Morelia, no hubo un día de reposo, ni un instante de descanso para los beneméritos patriotas que allí defendían las instituciones republicanas. Constantemente había combates y escaramuzas con los imperialistas, y el joven oficial J. Vicente Villada, se distinguía siempre por su valor y por la exactitud con que cumplía las disposiciones de sus jefes.

En aquellos momentos el Sr. Berriozábal fué llamado por Juárez á Paso del Norte, quedando por esta razón con el mando de la tercera División del Ejército y al frente del gobierno michoacano el general don Juan B. Caamaño, que había de ocasionar más tarde grandes trastornos y dificultades á los defensores de la patria. Caamaño principió á reorganizar sus fuerzas con toda actividad, y á principios de 1864, mandó á Villada con su batallón á que hiciera una expedición por la Tierra Caliente, logrando llegar hasta Tepacaltepec en donde batió al jefe imperialista Juárez.

Al regresar á Uruapan el hoy general Villada, se combinaba una horrible traición entre Uraga y Caamaño, sirviéndoles de intermedio un personaje que ocupó últimamente brillante posición en la política de la República. Un día llegó á aquella ciudad el Sr. Uraga acompañado de algunos generales y otros jefes de

menos graduación y escoltado por cien caballos y cien infantes del *Cuerpo Gulas del Ejército* que mandaba el coronel Ciro Uraga. Los patriotas republicanos que estaban reunidos en aquel lugar, nada sabían de los siniestros proyectos de su jefe, pero parecía respirarse una atmósfera de traición. En la noche de aquel día don Vicente Villada recibió un recado del licenciado Florentino Mercado, que residía entonces en Uruapan y que era Procurador General de la Nación, invitándole para que pasara á verle á su casa, por tener que hablarle de algún negocio urgente. Los señores Mercado y Villada se comunicaron en una pieza, y el primero manifestó al segundo que lo había elegido entre todos sus compañeros de armas por el buen concepto que tenía formado de él y por la confianza que le inspiraban su patriotismo y su valor, para denunciarle la defección que preparaban Uraga y Caamaño. El señor Mercado explicó á Villada el compromiso que tenían sus jefes de entregar á Márquez todos los elementos que estaban á sus órdenes, sacrificando así á aquel grupo de patriotas que luchaban con inmensa fe en pro de la causa republicana. Como resultado de aquella conferencia, el Procurador de la Nación exigía que todos los oficiales del Ejército del Centro, desconocieran y fusilaran aquella misma noche á los generales Uraga y Caamaño *para escarmiento de traidores*. Villada, después de aquella confidencia, quedó terriblemente emocionado, sin atreverse á tomar ninguna resolución, pues en primer lugar, no daba entero crédito á lo que el licenciado Mercado le comunicara, y en segundo, educado en buena escuela militar y siendo un soldado disciplinado, enemigo de pronunciamientos y motines, temía cometer una torpeza si obraba de acuerdo con las inspiraciones que había recibido y arrojar una

mancha indeleble sobre su limpia hoja de servicios. Después de mil vacilaciones, tomó la firme resolución de observar la conducta de sus jefes y asumir una actitud enérgica y resuelta en caso de que se manifestaran ostensiblemente algunos proyectos de traición.

La mañana siguiente salió de Uruapan el general Uraga con su escolta y su comitiva oficial, con dirección á Pátzcuaro, en donde estaba el Jefe imperialista don Leonardo Márquez, al frente de su división, siendo esta marcha una sospecha más para los que espían aquellos acontecimientos. El general Caamaño por su parte había ordenado la salida de la división para Tarétaro, y á las once de la mañana de aquel mismo día se pusieron en movimiento las tropas. Antes de salir de Uruapan, se acercó al comandante Villada al patriota coronel José María Hernández, y con las lágrimas en los ojos le suplicó que si observaba algo inconveniente, algo siquiera que confirmara las sospechas que tenían, se regresara sólo ó si podía con todo su cuerpo. Aquello acabó de contristar el espíritu de nuestro biografiado, que en el camino no dejó de observar al general Caamaño, que se había quedado á retaguardia de la división. Ya sobre el camino este jefe se acercó al joven Villada y le dijo presentándole á un recluta:

—Le entrego á usted á este hombre rigurosamente incomunicado. Usted, con su vida, me responde de él.

Sin vacilación el preso fué entregado á la guardia, y el general Caamaño se adelantó confiando en que no se descubriría la causa de aquel injusto procedimiento. Había pasado un rato, cuando el comandante Villada observó que aquel recluta caminaba con mucha dificultad, y al fijarse en él, vió que le hacía señas como indicándole que tenía necesidad de hablarle. Al aproximarse reconoció en el preso, nada menos que al licen-

ciado Alipio Gaitián, oficial mayor de la Secretaría de gobierno de Michoacán, quien inmediatamente le dijo que el general Caamaño le quería fusilar porque él le reprochaba seriamente su traición, y que por indicación del general Hernández lo había reducido á aquella triste situación para obligarle á guardar silencio. Para Villada se descorrió completamente el velo de aquellos infames proyectos y quedó firmemente convencido de que se les iba á entregar como á una manada de borregos. El ejército llegó á la Hacienda de Tarétaro y tomó posiciones en las lomas inmediatas, mientras Caamaño con el secretario de gobierno, su estado mayor y su escolta pasaba á pernoctar á la casa de la finca. Nombrado el comandante Villada jefe de día, bajó á tomar órdenes de su jefe, y al subir de nuevo á las lomas se encontró con sus íntimos amigos el coronel Espiridión y el capitán Justo Trejo, el primero de los cuales mandaba la escolta de don Juan B. Caamaño, y desde luego los puso al tanto de la crítica situación en que se encontraban, conviniendo todos en desconocer á su jefe aquella misma noche, para lo cual Villada fué comisionado de volver á la Hacienda á las dos de la mañana con tropa de confianza para apoderarse de Caamaño y su comitiva. El proyecto fué comunicado al coronel García y al teniente coronel Pablo Jiménez, quienes se comprometieron solemnemente á secundarlo con los cuerpos que tenían á sus órdenes. A aquella hora se observó que iban y venían correos de Márquez, lo cual les acabó de confirmar la convicción que tenían de que se les envolvía en una traición.

A la una de la mañana el comandante Villada mandó poner sobre las armas á toda la división, y él personalmente se dirigió á la Hacienda para ver si dormía Caamaño y podía darse un golpe seguro. Al llegar

al cuarto en que dormía dicho jefe, vió por las rendijas de la ventana que se estaba vistiendo con su uniforme de general, y en el patio observó que los asistentes ensillaban el mejor de sus caballos con una montura militar. Villada presumió entonces que Caamaño se dirigía á donde estaba acampada la fuerza, y como conocía el temor y el respeto que aquel inspiraba al ejército, creyó que su presencia sería bastante para frustrar la combinación, y por eso regresó precipitadamente para ordenar que se acostara la tropa. En efecto, instantes después llegó Caamaño al campamento, y al darle Villada el parte de sin novedad, recibió la orden de mandar dar á las tres de la mañana el primer toque de marcha y de organizar la columna como jefe de día, poniéndose en movimiento á las cuatro en punto. No pudo cumplirse esta orden rigurosamente, pues hasta las cinco salió la división para Santa Clara de Portugal, próximo á Pátzcuaro, asegurando Caamaño á sus subalternos que iba á atacar al general imperialista don Leonardo Márquez, después de lo cual se adelantó con su escolta más de media legua.

El señor Villada había colocado su batallón á la cabeza de la columna, y como estaba completamente resuelto á llevar á cabo el movimiento proyectado, buscaba sobre el camino una posición ventajosa para poner en práctica sus proyectos. Al llegar á las lomas de las Chinampas hizo hileras á la derecha, apoyó sus guías generales y entró en formación de batalla. Tanto los cuerpos que estaban de acuerdo como los extraños á aquella combinación, entraron en ella, quedando establecida en aquel momento una línea de combate, compuesta de cuatro mil hombres de las tres armas. Villada arengó en seguida á las tropas, denunciándoles la traición de Caamaño, gritándole muertas al traidor, vitoreando á la patria y á las instituciones republica-

nas, terminando con decir que los que no quisieran proteger su movimiento, dieran un paso al frente y se fueran á militar con su jefe bajo las banderas infamantes del imperio. Nadie osó defeccionar en aquellos momentos en que la palabra ruda, pero sincera, del joven militar, había llamado al cumplimiento de un alto deber á aquel grupo de patriotas, que debía realizar los troyanos episodios del épico poema que presencié Michoacán durante la gloriosa campaña de nuestra segunda independencia.

El general Caamaño, al descender de las Lomas de las Chinampas, se echó pie á tierra y se puso á sombreado bajo un árbol, esperando que la columna bajara; más como observó que se dilataba envió sucesivamente á dos de sus ayudantes con orden de que se violentara la marcha. Villada los tomó prisioneros y les puso incomunicados con centinelas de vista. En vista de esta sospechosa dilación, Caamaño le preguntó á Trejo lo que pasaba y éste le confesó sinceramente todo lo ocurrido, vitoreando á la República, en los momentos en que huía precipitadamente en un excelente caballo el jefe traidor. De los comprometidos en la defección, sólo le acompañó su pagador Valenzuela con el equipaje y dos caballos de mano. Después se supo que Caamaño estaba comprometido con Márquez á reunir sus tropas en Santa Clara, población que el primero tenía rodeada con objeto de apoderarse de las fuerzas republicanas.

Muy lamentable fué sin duda la defección del general Caamaño, pues era un jefe que reunía buenas prendas militares, un carácter de bronce y un valor temerario. Siendo tan joven ceñía ya la banda de general y estaba predestinado á un gran porvenir. La influencia perniciosa de Uruga había realizado aquella traición,